

fecho por la participación de todos en el haber material é intelectual de la humanidad, resultará para cada hombre un alivio singular de la conciencia, porque el estado de desigualdad cruel que colma á los unos de riquezas superfluas y priva á los otros hasta de la esperanza, pesa como un remordimiento, consciente ó inconsciente, sobre los seres humanos, sobre los dichosos principalmente, y mezcla siempre un veneno á sus alegrías. El mayor elemento de pacificación sería que nadie se ocupara de perjudicar al prójimo, porque está en nuestra naturaleza odiar á los que hemos perjudicado y amar á aquellos cuya presencia recuerda nuestro propio mérito. Las consecuencias morales de este acto tan sencillo de justicia, garantizar á todos el pan y la instrucción, serían incalculables.

Si, conforme á la dirección actual de la evolución histórica, se llega pronto á que la humanidad satisfaga estos dos objetivos, no dejar á nadie morir de hambre ni permitir que nadie se estanque en la ignorancia, entonces se presentará otro ideal como un faro de plena luz, ideal para el cual ya trabaja un número siempre creciente de individuos: la alta ambición de reconquistar todas las energías que se extravían, de impedir la pérdida de las fuerzas y de los materiales en el presente, y también de reconquistar en el pasado lo que nuestros antepasados habían dejado perder. Se trata, desde el punto de vista general de las civilizaciones, de imitar lo que hacen los ingenieros actuales, que hallan tesoros en las tierras extraídas de las minas consideradas como agotadas por los antiguos mineros de Atenas. Si es verdad que en algún concepto los primitivos ó los antiguos hayan superado al hombre medio de nuestros días en fuerza, en agilidad, en salud corporal, en belleza del rostro, es preciso llegar á ser sus iguales. Sin duda, nuestra reconquista no llegará hasta recobrar el uso de los órganos atrofiados cuyo antiguo destino han descubierto algunos biólogos (Elie Metchnikoff), pero conviene saber la manera de conservar en su plenitud las energías de que aun disponemos, y retener el empleo de los músculos que, aun funcionando, se hayan debilitado y corran peligro de perder su valor en nuestro organismo. ¿Es posible impedir ese empequeñecimiento material del hombre, desequilibrado por un aumento de su aparato de pensar? Se le ha predicho que se transformaría

poco á poco en un enorme cerebro, rodeado de vendas que le preservarían de los constipados, y que el resto de su cuerpo se atrofiaría; ¿no puede hacerse algo contra esa tendencia? Los zoólogos nos dicen que el hombre fué en otro tiempo un animal trepador como el mono. ¿Por qué, pues, el moderno ha dejado perder esa destreza para escalar que poseen todavía de una manera tan notable ciertos primitivos, especialmente los que recogen los dátiles en la copa de las palmeras? El niño, cuya madre admira la sorprendente fuerza de prehensión manual, suficiente para suspender su cuerpo durante algunos minutos¹, pierde gradualmente ese vigor primero porque se le evita cuidadosamente la ocasión de ejercerle: basta el peligro de estropear y desgarrar los vestidos para que en nuestra sociedad, forzosamente económica, prohiban los padres á sus progenituras la ascensión á los árboles: el temor del peligro es secundario en esta prohibición.

Tales temores dan por resultado que la mayoría de los hijos «civilizados» permanecen muy inferiores á los hijos de los salvajes en los juegos de fuerza y de agilidad. Además, no teniendo apenas ocasión de ejercitar sus sentidos en la libre Naturaleza, no tienen tampoco la misma claridad de visión ni finura de oído: como animales de bellas formas y de sentidos delicados, tales como los deseara Herbert Spencer, son en su mayor parte incontestablemente degenerados. No merecen las palabras de admiración que dedicaron los viajeros europeos á los jóvenes de Tenimber al verlos tirar el arco ó lanzar la azagaya². Hasta entre los jugadores de pelota, de golf y de balonpié, que constituyen lo selecto de los civilizados respecto de belleza corporal, los espectadores hallarían difícilmente ocasión de extasiarse ante el perfecto equilibrio de las formas en todos los campeones. Es cierto que gran número de tribus negras y pieles rojas, malayas y polinesias son superiores por la pureza de las líneas, la nobleza de las actitudes, la elegancia de la marcha, no sobre tal ó cual tipo excepcional entre los Europeos, sino de los grupos tomados al azar, representando el tipo medio de las naciones de Europa. Ha habido, pues, respecto ese punto de vista, regresión general por el hecho de nuestro encierro casi continuo en las casas y de nuestro

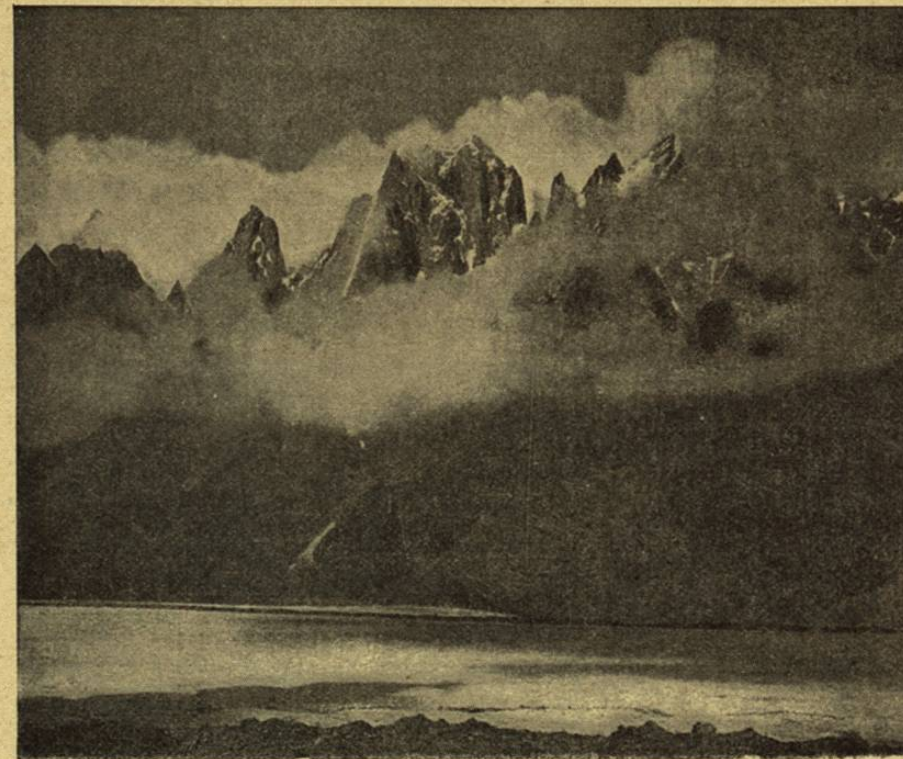
¹ Drummond, *Ascent of Man*, ps. 101, 103.

² Anna Forbes, Insulinda, *Experience of a Naturalist's Wife in the Eastern Archipelago*.

traje absurdo que impide la transpiración cutánea, la acción del aire y de la luz sobre la piel, el libre desarrollo de los músculos, frecuentemente molestos, martirizados y hasta estropeados por el calzado y el corsé. Sin embargo, numerosos ejemplos prueban que esta regresión no es definitiva y sin apelación, porque aquellos de nuestros jóvenes educados en buenas condiciones de higiene y de ejercicios físicos se desarrollan en forma y en fuerza como los más bellos salvajes, teniendo sobre ellos la ventaja de la superioridad que les dan la conciencia de sí mismos y el prestigio de la inteligencia. Gracias á las adquisiciones del pasado, que el moderno adquiere rápida y metódicamente por la instrucción, logra vivir más que el salvaje, puesto que sabe condensar en su vida mil existencias anteriores y reunir las supervivencias para hacer de ellas un todo lógico y bello con las prácticas corrientes y las innovaciones de «previvencia». Júzguese del conjunto de fuerzas que el moderno puede reunir por los sabios escaladores actuales de los Alpes, del Cáucaso, de las Rocosas, de los Andes, del Tian-chan y del Himalaya. Es seguro que ningún Jacques Balmat hubiera subido al Mont-Blanc si no hubiera existido un Saussure para impulsarle á esta obra, y ahora ¿no son los Whimper, los Freshfield, los Conway los iguales en fuerza, en resistencia, en conocimiento y en práctica de la montaña, los iguales, quizá los superiores, de los guías montañeses más seguros ejercitados en todas las virtudes físicas y morales que requieren las ascensiones peligrosas? El hombre de ciencia se hace seguir ahora del montañés á la cima del Kilimandjaro ó del Aconcagua; él es quien conduce los Esquimales á la conquista del Polo. De ese modo el ideal que el hombre moderno ha concebido de conquistar cualidades nuevas sin perder ó hasta recuperando las que poseían los antepasados, puede realizarse perfectamente; no es una quimera.

Pero esta fuerza de comprensión, esta mayor capacidad del hombre moderno, que le permite reconquistar el pasado del salvaje en su medio natural antiguo, y asociarle, fundirle armónicamente con sus ideas más refinadas, todo ese aumento de fuerza sólo puede terminar por una conquista definitiva, normal, á condición para el hombre nuevo de comprender todos los demás hombres, sus hermanos, en un mismo sentimiento de unidad con el conjunto de las cosas.

He aquí, pues, la cuestión social que se plantea de nuevo y en toda su amplitud. Es imposible amar plenamente al salvaje primitivo, en su medio natural de árboles y de arroyos, si no se ama al mismo tiempo á los hombres de la sociedad, más ó menos artificial, del mundo contemporáneo. ¡Cómo admirar, cómo amar la pequeña y encantadora individualidad de la flor, cómo sentirse hermano con



Cl. de la Appalachia.

LA WALHALLA DE BIAFO

Agujas de unos 7,000 metros de altura.

Esta parte del Karakorum, Kachmira septentrional, fué visitada, en 1899, por el señor y la señora Workman, acompañados de Zurbringen.

el animal, cómo dirigirse á él á la manera que lo hacía Francisco de Asis, cuando no se ve en los hombres compañeros queridos, á menos que no se huya de ellos, á fuerza de amor, para evitar las heridas morales que vienen del rencoroso, del hipócrita ó del indiferente! La plena unión del civilizado con el salvaje y con la Naturaleza, no puede hacerse sino por la destrucción de las fronteras entre las castas, lo mismo que por la de las fronteras entre los pueblos.

Preciso es que, sin obedecer á antiguos convencionalismos y costumbres, el individuo pueda dirigirse á cualquiera de sus iguales con plena fraternidad y hablar libremente con él «de todo lo que es humano», como decía Terencio. La vida, vuelta á su primera sencillez, da por esto mismo plena y cordial libertad de comercio con los hombres.

¿Ha hecho la humanidad reales progresos en esta vía? Absurdo sería negarlo. Lo que se llama la «marea democrática» no es otra cosa que ese sentimiento creciente de igualdad entre los representantes de castas diferentes, antes enemigas. Bajo las mil apariencias cambiantes de la superficie, el trabajo se verifica en las profundidades de las naciones, gracias al conocimiento creciente que adquiere el hombre de sí mismo y de los otros: así llega á encontrar cada vez más el fondo común por el cual nos semejamos unos á otros, á desprenderse de la confusión de las opiniones superficiales que nos tenían separados; marchamos, pues, hacia la conciliación futura, hacia una forma de felicidad mucho más extensa que aquella con que se contentaban nuestros abuelos los animales y los primitivos. Nuestro mundo material y moral ha llegado á ser más vasto, y al mismo tiempo más amplia nuestra concepción de la felicidad, que en lo sucesivo no será tenida por tal sino á condición de que todos participen de ella, de ser consciente, razonada y de comprender en sí las investigaciones apasionadas de la ciencia y de las alegrías de la belleza antigua.

Todo eso nos aleja singularmente de la teoría del «Superhombre», tal como la comprenden los aristócratas del pensamiento. Los reyes, los poderosos, suelen imaginarse que hay dos morales, la suya, que es la del capricho, y la obediencia, que conviene al pueblo. Del mismo modo, los jóvenes presuntuosos, adoradores de la fuerza intelectual que creen poseer, se instalan cómodamente sobre alguna alta estancia de su torre de marfil donde no penetran los humildes mortales. Poco numerosos son los elegidos con quienes se dignan confabularse; quizá hasta se creen solitarios. El genio les pesa; llevan bajo su frente, que surcan fatales arrugas, todo un mundo borrascoso, y ni siquiera ven, bajo el vuelo de su pensamiento, la masa bullidora y amorfa de la multitud desconocida. Ciertamente es que para el hombre no hay límites que no pueda franquear su ambición de estudiar y de aprender; sí, debe procurar la realización de su propio

ideal; ha de tender á distanciarse, á subir siempre, — hasta moribundo creo en mi progreso personal; decae, tú que te sientes decaer; — pero no á romper por ello el lazo que le une á los seres que le rodean, porque no puede escapar á la estrecha solidaridad que le hace vivir de la vida de sus semejantes. Muy al contrario, cada uno de sus progresos personales es un progreso para los que le rodean: parte sus conocimientos como parte su pan, no dejará pobres ni inválidos detrás de sí. Tuvo educadores, porque no nació sin padres como el Dios de la fábula; á su vez será el educador de los que vendrán detrás de él.

El método bárbaro de los Espartanos place á los impotentes que no saben curar ni enseñar: ahogan al que parece débil, y lanzan al mal conformado á un abismo rompiéndole los huesos. Tal es la práctica sumaria de los impotentes y de los ignaros. ¿Qué médico, qué mujer artista, qué árbitro infalible nos dirá quiénes se pueden conservar y qué recién nacido es el que no puede inspirar confianza? Con frecuencia ha fallado la ciencia de esos jueces: ha habido cuerpos declarados ineptos para la vida que se han adaptado admirablemente; tal inteligencia que habíase asimilado á la del cretino se ha desarrollado en fuerza genial y creadora; viejos, rutinarios, misonceístas, se habían engañado de todo en todo, y al fin por revolución contra ellos el mundo se ha engrandecido y renovado. Lo más seguro es acoger todos los hombres como iguales en virtualidad y en dignidad, ayudar á los débiles sosteniéndoles con su fuerza, á los enfermos dándoles la salud, á los inteligentes elevando su mente hacia los grandes pensamientos, con la preocupación constante de lo mejor para los otros y para sí mismo, porque constituímos un todo, y, de progreso en progreso, como de retroceso en retroceso, la evolución se produce en todo el mundo.

La felicidad, tal como la comprendemos, no es, pues, un simple goce personal. Ciertamente es individual el sentido de que «cada uno es el propio artífice de su felicidad», pero sólo es verdad profunda y completa en cuanto se extiende á la humanidad entera, no porque sea posible evitar las penas, los accidentes, las enfermedades y la muerte misma, sino porque el hombre, asociándose al hombre para una obra cuyo alcance comprende y siguiendo un método cuyos efectos conoce, puede tener la certidumbre de orientar hacia lo mejor todo ese gran cuerpo humano del cual su propia célula indi-

vidual no es más que un infinitamente pequeño, una milmillonésima de milmillonésima, si se cuentan las generaciones sucesivas y no solamente el número actual de los habitantes de la Tierra enumerados por la estadística. No es tal ó cual momento de la existencia personal y colectiva lo que constituye la felicidad, sino la conciencia de marchar hacia un objeto determinado, que se quiere y que se crea por su voluntad. Coordinar los continentes, los mares y la atmósfera que nos rodea, «cultivar nuestro huerto» terrestre, distribuir de nuevo y regular los ambientes para favorecer cada vida individual de planta, de animal ó de hombre, adquirir definitivamente conciencia de nuestra humanidad solidaria, formando cuerpo con el planeta mismo, abarcar con nuestra mirada nuestros orígenes, nuestro presente, nuestro objeto próximo y nuestro ideal lejano, he ahí en qué consiste el progreso.

Con toda confianza podemos, pues, responder á la pregunta que surge en cada hombre en el secreto de su corazón: si, hemos progresado desde el día en que nuestros antepasados salieron de las cavernas maternas, durante los cuantos miles de años que constituye el corto período consciente de nuestra vida.



POSTFACIO

EL autor de EL HOMBRE Y LA TIERRA murió el 5 de Julio de 1905. El manuscrito, compuesto sin apresuración ni reposo en el curso de los diez años precedentes, quedó completamente terminado en la primavera de 1904. Elíseo Reclus había tenido tiempo de hacer en él muchas adiciones, y la satisfacción de discutir con Francisco Kupka las ilustraciones que éste preparaba y se había dado cuenta del trabajo que podrían proseguir las personas que le rodeaban. Á medida que iban apareciendo los cuadernos — el primero data del 15 de Abril de 1905 —, había podido introducir algunas modificaciones en el texto primitivo: ligeras diferencias entre la primera y la segunda edición, en las 300 primeras páginas del tomo I, son debidas á la mano del autor.

Elíseo Reclus, menos que cualquier otro, no ignoraba los defectos de la obra en que debía afirmar la unidad de sus miras de sabio y de anarquista, desarrollar su libro *Evolución y Revolución*, al mismo tiempo que trazar el último capítulo de la *Nueva Geografía Universal*. Tal era su confianza en sus colaboradores, que les rogó no se atuviesen á la letra de su manuscrito, hasta pedirles que refundieran completamente algunos capítulos de que no estaba satisfecho. En esto no fué respetada su voluntad, el texto publicado es el del manuscrito completamente escrito de su mano, pero se han tenido en cuenta todo lo posible las observaciones marginales que en él había hecho, y, ante un texto de primera intención, cuyas diferentes partes no se ligaban siempre entre sí, forzoso ha sido no perder de vista el respeto debido al lector lo mismo que al escritor.

Elíseo Reclus había formado una lista de setecientos á ochocientos mapas, confiados á los excelentes cuidados de su amigo